Domingo de Pascua o Domingo de la Divina Misericordia, Ciclo B.

Segunda Lectura: 1Juan 5,1-6

Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo

En torno a la fe en el resucitado y la institución del sacramento del Sacramento del Perdón de los pecados, hoy celebra la Iglesia la Fiesta de la Divina Misericordia, como hemos cantado en el salmo: "La misericordia del Señor es eterna" (Sal 117).

La Divina misericordia nos llama siempre a reconciliarnos con Dios para que recobremos el amor y la vida de Dios, perdidos por el pecado mortal. Desde estas dos fuentes, la misericordia y el perdón de Dios, adquiere un significado especial para nosotros el vibrante comienzo de la epístola de la misa de hoy: "Todo lo que ha nacido de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe" (1Jn 5,4).

San Juan nos recuerda que el que ha nacido de Dios es el que vence al mundo. No se trata necesariamente aquí de victorias mesurables según nuestros criterios humanos. La victoria en Cristo implica un cambio de corazón, una percepción de la realidad terrena desde la óptica de la eternidad y una fe en la victoria definitiva sobre la muerte. Nuestra fe es la que vence al mundo, asociada al poder transformador del amor de Dios.

El tema fundamental de este fragmento de san Juan es doble: la fundamentación del amor en la fe y la fundamentación de la fe en el testimonio sobre Jesús. Jesús es el Cristo y el Hijo de Dios, nos lleva a adherirnos a la persona de Jesús, haciéndolo el centro de nuestra vida y la razón de nuestro existir. Y el que cree vence al mundo, porque si se cree, se cumple los mandamientos. A este precio la fe hace de los cristianos vencedores del mundo. La fe es fuerza victoriosa.

Por tanto, el que cree que Jesús es el Cristo, nace de Dios, ama a Dios y en consecuencia a los hijos de Dios, cumple los mandamientos. Los temas de la fe y del amor aparecen con frecuencia y en íntima conexión. "…Amémonos unos a otros… todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios…" (vs. 4, 7); "quien cree que Jesús es el Mesías ha nacido de Dios" (vs. 5, 1a). San Juan nos lleva, pues, de la fe a la práctica.

La victoria de Cristo es un tema querido para san Juan; si creemos en la persona de Cristo Jesús, participamos en su victoria. El vencedor del mundo es el que cree que Jesús es el Hijo de Dios. Y debemos añadir nosotros, según el mismo san Juan: y vive de acuerdo con su fe. Esta fe no sería posible en medio de las

contradicciones, creyendo una cosa y haciendo otra. San Agustín dice que "…quien ama a los hijos de Dios ama al Hijo de Dios, y quien ama al Hijo de Dios, ama al Padre. Nadie puede amar al Padre, si no ama al Hijo, y quien ama al Hijo ama también a los hijos de Dios…"

La segunda lectura, es, por tanto, una maravillosa descripción de nuestra vida cristiana: quien cree que Jesús es el Mesías ha nacido de Dios, es hijo de Dios (v 1a); ama a los hermanos, hijos de un mismo Padre (1b-2); observa los mandamientos (v 3); y vence al mundo, porque la victoria con que se ha vencido al mundo es nuestra fe (v 4).

Jesús es nuestra fe, como Jesús es nuestra vida, nuestro pan, nuestra palabra… Jesús lo es todo para nosotros. Y nosotros no somos nada sino en Jesús. Estas afirmaciones sobre Jesús y el cristiano nos lleven a una conclusión: Jesús es el cristiano y el cristiano es Jesús. Es decir, la existencia cristiana debe ser la forma sensible de la presencia de Jesús en el mundo. Si creemos y nos adherimos a Jesús como Palabra y como luz que iluminaba nuestra vida, nuestra fe nos llevará a la victoria, como una tarea, como una apuesta que hay que llevar hasta las últimas consecuencias en el hoy de cada día de nuestra vida. Así, nosotros venceremos al mundo en Jesús. Pero la victoria de Jesús no está hecha. Hay que llevarla adelante cada día.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)